

CAPÍTULO V

OTROS DESCUBRIMIENTOS.—VIAJE AL REDEDOR DEL MUNDO.
—HISTORIADORES.

Mientras tanto la casualidad y el atrevimiento descubrieron otros países, y el nuevo mundo se agrandaba y poblaba de colonias, no por un esfuerzo nacional de la España, sino por la curiosidad privada de los ambiciosos ó especuladores. La facultad de hacer descubrimientos libremente que los reyes tenían concedida, habían exaltado la imaginación y la codicia de los españoles, que dirigieron hácia aquella parte su afición á las aventuras, afición que ya carecía de objeto con la conclusión de las cruzadas y la espulsión de los moros. Cuando se tuvo noticia del tercer descubrimiento de Colon, Alonso de Ojeda (1499) equipó varias naves para ir en busca de las perlas que el almirante había anunciado; y habiendo llegado osadamente á Saragua, la costeó desde Venezuela hasta el cabo de la Vela. Para dar una apariencia de legalidad á la conquista de países inofensivos, inventóse entonces una fórmula que fué empleada poco después por los demás *conquistadores* (nombre que se dió á aquellos aventureros), dice así:

«Yo Alonso de Ojeda, criado de los muy altos y muy poderosos reyes de Castilla y de Leon, domadores de las gentes bárbaras, su mensajero, y Capitan, vos notifico y hago saber, como mejor puedo, que Dios nuestro Señor, uno y eterno, creó el cielo y la tierra y un hombre y una mujer, de quien vosotros y nosotros y todos los hombres del mundo fueron y son descendientes procreados, y todos los que después de nosotros vinieren; mas por la muchedumbre de generacion, que de estos ha procedido desde cinco mil y más años que há que el mundo fué creado, fué necesario que los unos hombres fuesen por una parte y los otros por otra, y se dividiesen por muchos reinos y provincias, porque en una sola no se podían sustentar, ni conservar. De todas estas gentes Dios nuestro Señor dió cargo á uno que fué llamado san Pedro

para que de todos los hombres del mundo fuese Señor y superior, á quien todos obedeciesen, y fuese cabeza de todo el linaje humano, do quier que los hombres estuviesen, y viviesen y en cualquier ley, secta ó creencia; y dióle á todo el mundo por su servicio, y jurisdiccion, y como quiera que le mandó que pusiese su silla en Roma, como en lugar más aparejado para regir el mundo, tambien le prometió, que podía estar, y poner su silla en cualquier otra parte del mundo, y juzgar y gobernar todas las gentes, cristianos, moros, indios, gentiles y de cualquier otra secta ó creencia que fuesen. A este llamaron *Papa*, que quiere decir, admirable, mayor, Padre, guardador, porque es padre y gobernador de todos los hombres: A este Santo Padre obedecieron y tomaron por Señor, Rey y superior del universo los que en aquel tiempo vivian, y así mismo han tenido á todos los otros que después dél fueron al Pontificado: eligidos y así se ha continuado hasta aora y se continuará hasta que el mundo se acabe.

»Uno de los Pontífices pasados, que he dicho, como señor del mundo, hizo donacion destas islas y Tierra Firme del mar Océano, á los Católicos Reyes de Castilla, que entonces eran don Fernando y doña Isabel de gloriosa memoria, y á sus sucesores nuestros señores, con todo lo que en ellos ay, segun se contiene en ciertas escrituras, que sobre ello, passaron, segun dicho es (que podreis ver si quisieredes). Así que su Magestad, es Rey y Señor destas islas y Tierra Firme, por virtud de la dicha donacion, y como á tal Rey y Señor algunas islas, y casi todas, á quien esto ha sido notificado, han recibido á su Magestad, y le han obedecido y servido y sirven, como súbditos lo deben hacer y con buena voluntad y sin ninguna resistencia. Luego sin ninguna dilacion, como fueron informados de lo susodicho, obedecieron

á los Varones Religiosos, que les enviaba para que les predicassen, y enseñassen nuestra santa Fe: Y todos ellos de su libre y agradable voluntad, sin premio ni condicion alguna, se tornaron christianos y lo son; Y su Magestad los recibió alegre y benignamente, y así los mandó tratar como á los otros sus súbditos, y vasallos, y vosotros soys tenidos y obligados á hazer lo mismo: Por ende como mejor puedo vos ruego, y requiero que entendays bien esto que os he dicho, y tomeys para entenderlo, y deliberar sobre ello, el tiempo que fuere justo, y reconozcais á la Iglesia por señora, y superiora del universo mundo, y al Sumo Pontífice llamado Papa, en su nombre, y á su Magestad en su lugar, como superior y señor Rey de las islas y Tierra Firme, por virtud de la dicha donacion, y consistays que estos Padres Religiosos declaren y prediquen lo susodicho: Y si así lo hizieredes, hareys bien, y aquello que soys tenidos y obligados: Y su Magestad y yo en su nombre vos recibirán con todo amor y caridad y vos dejarán vuestras mujeres, y hijos libres, sin servidumbre, para que dellas, y de vosotros hagays libremente todo lo que quisieredes, y por bien tuvieredes, como lo han hecho casi todos los vezinos de las otras islas: Y aliende de esto su Magestad vos dará muchos privilegios, essenciones, y vos hará muchas mercedes. Si no lo hizieredes, ó en ello dilacion maliciosamente pusiéredes, certificoos que con el ayuda de Dios, yo entraré poderosamente contra vosotros, y vos haré guerra por todas las partes y maneras que yo pudiere y vos sujetaré al yugo y obediencia de la Iglesia y de su Magestad y tomaré vuestras mujeres y hijos, y os haré esclavos y como tales los venderé, y dispondré dello, como su Magestad mandare: Y vos tomaré vuestros bienes y vos haré todos los males y daños que pudiere como á vasallos que no obedecen ni quieren recibir á su señor, y le resisten y contradizen. Y protesto que las muertes y daño que de ello recrecieren, sea á vuestra culpa, y no de su Magestad ni nuestra, ni de estos caballeros que conmigo vinieron. Y de como os lo digo, y requiero pido al presente Escribano que me lo dé por testimonio asignado.»

Tal intimacion hacian leer los conquistadores á los indios en cuyos países entraban, y aunque estos no pudiesen entender ni una palabra, se tenia por una declaracion legal y una toma de posesion.

Pocos dias después de Ojeda, partió Pedro Alonso Niño, que costeó los países de que se compone en el dia la Colombia y recogió gran cantidad de oro y perlas. Vicente Pinzon, de Palos, encontró el Brasil (1500), exploró cuatrocientas millas de costas hasta entonces ignoradas, y viendo que el rio de las Amazonas descendia con bastante impetuosidad para conservar dulces sus aguas, á muchas millas dentro del mar, concluyó que el continente que atravesaba debía ser muy vasto. Fué el primer europeo de aquel tiempo que pasó el Ecuador

por la parte occidental del Atlántico, y contempló con asombro aquel otro hemisferio celeste. Otros muchos aventureros se lanzaron á aquellos mares, seducidos por las amplias concesiones de territorio que hacia el rey, complacido en verlos hacer conquistas por su cuenta, sin fatigas ni desembolsos por su parte, y quitárselas á los extranjeros, cuya concurrencia temia.

Estos, en efecto, pensaban en tomar parte en los descubrimientos. En tanto que la España y Portugal, disputando sobre los límites de sus posesiones, alegaban la línea de demarcacion trazada por el papa, el rey de Francia decia: *Tendria mucho gusto en ver el testamento por el cual el padre Adan dividió al mundo entre ellos sin dejarme ni una pulgada*. Aunque los progresos de la Reforma hacian perder á la decision pontificia mucha parte del respeto que inspiraba, la Francia agitada por disensiones intestinas, no podia ocuparse en empresas lejanas.

Cabot.—La Inglaterra se resentia todavía de las hondas brechas que la abriera la guerra de las dos Rosas. Mas cuando se restableció la tranquilidad, Enrique VII recibió, como ya hemos dicho, proposiciones de Colon; después se apresuró á admitir al veneciano Juan Cabot, piloto de gran reputacion, que oyendo hablar de las proezas de Colon, sintió nacer en su corazon el deseo vehemente, ó más bien el ardor de hacer alguna cosa que le distinguiese. Observando la esfera, imaginó que podría llegarse al fabuloso Catay por un camino más corto, haciendo vela al Noroeste. Ofreció, pues, al rey de Inglaterra, si queria darle dos carabelas, ir con su hijo Sebastian á buscar nuevas tierras, y no sólo reconoció á Terra-Nova (1497), como hasta ahora se ha tenido siempre por constante, sino que (buenos documentos lo justifican) tocó en el Labrador el 24 de Junio de 1497, un año y seis dias antes que Cristóbal Colon llegase al continente.

Sebastian hizo un segundo viaje en aquella latitud para buscar un paso á las Indias, y establecer colonias á imitacion de los españoles; pero retrocedió asustado de los hielos y de las largas noches. Continuó, sin embargo, alimentando la magnífica idea de llegar á las Indias por el Noroeste. Cuando murió su protector Enrique VII, fué á avistarse con Fernando el Católico, y después cuando sucedió á aquel príncipe, Carlos V, poco codicioso de descubrimientos, Cabot regresó á Inglaterra, y llevó á efecto, probablemente con Tomás Pert, otro viaje en que reconoció la bahia de Hudson (1). Pero el gran problema que ocupaba la atencion de aquel ilustre italiano no ha sido resuelto hasta hace muy poco tiempo.

(1) Ricardo Eden confirma este hecho, *Tratado de la nueva India*, 1555, en la dedicatoria. Parece que la vió en 1501 Gaspar de Cortereal, que murió en aquellos parajes.

Cabot, á quien la Inglaterra es deudora del continente que fué para ella un manantial de prosperidad y grandeza, y en que más tarde debía nacer y desarrollarse la libertad, es llamado siempre por su amigo Ricardo Eden, el buen anciano (*good old man*), decia en su lecho mortuario, que sabia por revelacion divina un método infalible para encontrar la longitud; debía ser sin duda por medio de la desviacion de la aguja tocada al iman (2).

Los portugueses fueron más favorecidos por la fortuna. En efecto, Pedro Alvarez de Cabral (1500), enviado para visitar las nuevas regiones de la India oriental, encontró al dirigirse hácia Calcuta, en el momento que se engolfaba para evitar las calmas del mar de Guinea, una tierra desconocida: habiéndola seguido algun tiempo, reconoció que era un continente, y que se hallaba al Oriente de la línea en que terminaban los límites de su soberano. Este era el país visitado ya por Pinzon: le llamó Brasil, por la madera de color de brasa que encontró allí en abundancia.

El rey de España, á quien inspiró envidia aquel acontecimiento, reunió los mejores pilotos, Ojeda, Juan de Coza, Américo Vespucio y Juan Diaz de Solis, que había reconocido con Pinzon la costa de la América del Sud (1507). Después de convenir en que era necesario explorar el continente meridional, para encontrar el soñado paso para las Indias y apoderarse de la conquista portuguesa, partieron Pinzon y Solis encargados de aquella expedicion. Habiendo sucedido este último á Vespucio en el encargo de primer piloto, armó una escuadra partiendo á medias las ganancias y los gastos (1508); y reconociendo exactamente las costas, llegó á un rio inmenso cuya embocadura se asemejaba al mar, pero fué asaltado allí por los salvajes y devorado.

Allí volvieron á encontrarse algun tiempo después Sebastian Cabot y Diego Garcia: el primero remontó aquel rio, y habiéndole ofrecido los salvajes guaranis, unas especies de láminas ó tablitas de oro y plata, le dió el nombre de Rio de la Plata; después avanzó hasta el paralelo 27° y llegó al Paraguay.

Lucas Vazquez de Aillon descubrió, dando caza á los salvajes en la isla de Bahama, las regiones septentrionales situadas entre las dos Carolinas.

(2) Las noticias acerca de Cabot son contradictorias é inciertas. Pero tenemos una obra (*Memoir of Sebastian Cabot by á citizen of Philadelphia* Londres, 1831) cuyo autor, M. Biddle, procura demostrar que Sebastian había nacido en Bristol, y que habiéndole llevado su padre á Venecia á la edad de cuatro años, pasó por veneciano: que entró efectivamente en la bahia de Hudson, lo que confirma citando una carta que se hallaba antiguamente en la galería de Isabel en Whitehall. Extractó tambien de los archivos de Londres las segundas patentes dadas por Enrique VII á Juan Cabot, veneciano, el 3 de febrero de 1498, patentes que aun no se han publicado.

Después de haber tomado posesion de ellas, y dado la esclavitud á los naturales en recompensa de su hospitalidad, estableció á su costa una colonia distante ya ochocientas leguas del primer desembarco de Colon. Pero las enfermedades concluyeron con los colonos y el mismo Vazquez, como si la fortuna se hubiese obstinado en repeler á los españoles del continente septentrional.

Américo Vespucio.—En estos viajes muy rara vez se hace mencion de Américo Vespucio, acerca del cual no ha sido posible adquirir buenos documentos hasta 1830. Nuñez y Navarrete que los han publicado, le acusan de plagiarlo é impostor; Humboldt se inclina á disculparle (3). Nació en Florencia (1451) de una buena familia; estudió con aprovechamiento, y segun el uso de sus compatriotas, se colocó como factor en casa de Giovannotto Berardi, en Sevilla. Habiendo llegado á ser hábil marino y buen cosmógrafo, hizo diversos viajes por comision del gobierno español: acompañó á Ojeda, pero sin mando, en la expedicion de que ya hemos hablado, después de lo cual el rey de Portugal logró atraerle á su servicio, y le envió á reconocer la costa del Brasil nuevamente descubierta. La España le recobró en seguida, le colmó de honores, y cuando murió Colon le nombró primer piloto. Murió en Sevilla el 22 de febrero de 1512, sin que aparezca llevase á cabo ninguna expedicion importante.

Tres cartas dirigidas por Vespucio á Lorenzo de Médicis, y otra á Renato, duque de Lorena, contienen una ampulosa y confusa relacion de cuatro viajes (*quatuor navigationes*). Esta narracion, hinchada y confusa, parece un extracto ó compilacion, llena de circunstancias milagrosas y gran ostentacion de ciencia; pero siendo la primera fué divulgada y traducida, asociando su nombre al del Nuevo Mundo, tanto más, cuanto que él no nombra nunca á Ojeda y se pone siempre en primer lugar. El primer viaje se da como verificado en 1497, pero podria ser un error de números, entonces tan comun, porque todo se conjura para no admitir que haya emprendido un viaje antes del que hizo sin mandato en 1499. Si nos atenemos á esta última fecha, la presumida prioridad del descubrimiento del continente quedaria destruida, puesto que ya Colon había visitado á Paria un año antes, como lo depusieron ciento nueve testigos en el proceso de que hemos hablado relativamente al mérito del almirante, en cuyo proceso no se dijo siquiera una palabra concerniente á Vespucio.

Sea como quiera, al publicar Waldseemüller, en la Lorena, una cosmografía el año 1509 (4), tomó á su cargo el llamar América á los últimos descubrimientos, del nombre del que había dado la pri-

(3) Véase tambien el vizconde de Santarem. *Observaciones históricas, críticas y bibliográficas sobre Américo Vespucio y sus viajes*. Paris, 1842, en 8.º

(4) HYLACOMYLUS, *Cosmographie introductio*.

mera descripcion; costumbre que el ejemplo hizo adoptar. Pero Vespucio, buen piloto, mal narrador, inventor de segundo orden, ¿ha tratado verdaderamente de hacer recaer en sí con fraude la gloria que pesa sobre él? Nada apoya la imputacion de semejante bajeza. Colon se manifestó benévolo con él hasta en sus últimas cartas, recomendándole á su hijo don Diego; y ningun contemporáneo le acusa de fraude ó de vanidad usurpadora, ni aun Fernando Colon, que no obstante no perdona á cualquiera que hubiese querido disminuir la gloria de su padre. Es cierto que no hizo inscribir el nombre de América en las cartas levantadas bajo su direccion, y pudo ignorar la impresion del libro publicado en Lorena. Además, tanto Vespucio como Colon suponian que sólo era el camino de las Indias el que habían encontrado; debian de tener, pues, poco interés en dar su nombre á países que ya tenían uno.

Entre tanto otros navegantes habían penetrado en el *Océano Pacífico*; y el intrépido Ojeda se adelantaba hácia países donde los caciques anunciaban que el oro se encontraba en abundancia, que se comía en oro, que las habitaciones eran de oro. Tuvo por compañeros á Balboa, Juan de la Cosa, Pizarro y otros, cuyas relaciones serian tan preciosas, si la avaricia y el celo del gobierno español no las hubiese enterrado en los archivos.

Ponce de Leon marchó de Puerto Rico con tres barcos (1512) en busca de un manantial que devolvía la juventud, descubrió la Florida y la costa oriental de esta comarca hasta el grado 30 paralelo, pero espermentó una viva resistencia por parte de los naturales. Continuando Alvarez de Pineda (1519) las exploraciones, reconoció todo el golfo de Méjico, y Juan de Grijalva un país estremadamente rico, con restos de arquitectura, de templos, en los que se veian cruces é idolos, oro por todas partes; á cuyo país dió el nombre de Nueva España, estendido después á todo Méjico.

Balboa.—Vasco Nuñez de Balboa, hombre oscuro, desplegó tanto valor é inteligencia en una expedicion al istmo de Darien, que fué nombrado jefe de ella, y fundó la primera colonia española en el continente, Santa Maria de Darien. Comprendiendo que el único medio para hacer que se le confirmara su dignidad en Madrid seria el presentarse allí cargado de oro, recogió todo el que quiso, no matando á los naturales sino acariciándolos. Un cacique le dijo al ver á los europeos tan avaros de este metal: «En el otro mar, á seis soles de aquí, hay un país donde podriais coger todo el que quisierais. Pero sois muy pocos.» No olvidó Balboa esta noticia: un rico regalo le proporcionó los socorros del gobernador de la Española y su proteccion; algunos aventureros se decidieron, mediante dinero y esperanzas, á acompañarle á través de rios y desiertos inmensos, para ver aquel mar buscado en vano por Colon. Eran ciento noventa y nueve, y Balboa consiguió obtener de ellos docilidad (1513), y ganarse el afecto de los indios

que encontraban. Los reunía á su pequeño ejército, y su constancia animaba á los demás á sufrir con paciencia las fatigas. Adelantando á través de pantanos y espantosas gargantas, por bosques donde nunca había pisado la planta del hombre, después de veinte y cinco días de marcha, se encontraron á la falda de una montaña de gran elevacion, y desde donde los naturales aseguraron que se veia el mar. Balboa quiso ser el primero en gozar de semejante espectáculo, y cuando desde la cima de las Cordilleras descubrió el vasto Océano, se prosternó dando gracias á Dios; después, mientras que los suyos llenos de alegría entonaban himnos piadosos, se lanzó adelante hasta llegar á la playa, y tomó posesion del mar en nombre de la España, metiéndose armado enteramente dentro de las olas.

Era el golfo llamado después de Panamá. Este fue llamado del Sur por Balboa, por la posicion en la cual le pareció estar por su camino; después recibió de Magallanes el nombre no menos impropio de mar Pacífico; pero está mejor designado bajo el de Grande Océano, puesto que es tres veces más estenso que el Océano Atlántico y se estiende desde un polo á otro.

Pero este mar no tenía más que arenas que ofrecerles, y no oro; el manantial de este metal se les había indicado en el Perú, revelado entonces por primera vez á los europeos. Balboa recogió no obstante gran cantidad de perlas y otras riquezas naturales, que dividió lealmente con sus compañeros.

Acostumbrada la España á despreciar ó romper los instrumentos que mejor le habían servido, confió el gobierno de Darien á Pedrarias Dávila, que habiendo llegado con fuerzas más considerables y mayores esperanzas, se dedicó á vejar el país con una atrocidad insensata, y causó de esta manera graves pérdidas que hicieron seguir el desaliento. Lleno de odio contra Balboa, segun la costumbre de los seres viles que llegan á suplantarse un mérito superior, llegó á hacer espirar en el cadalso á aquel que había dado á la corona de Castilla el mayor mar del globo (1517).

Magallanes.—¿Pero existia un paso entre el Atlántico y el mar del Sur, y se podía, franqueándolo, dar la vuelta á la tierra? El problema fué resuelto por el portugués Fernando de Magallanes, que mal recompensado por su corte á los servicios que había prestado en las Indias orientales, fué á ofrecerse á Carlos Quinto.

La célebre bula de Alejandro VI asignaba á los reyes las islas y tierras, tanto descubiertas como por descubrir, al Occidente y al Mediodía de una línea tirada de un polo á otro, á una distancia de cien leguas de las islas Azores y de las de Cabo Verde. Pero el Portugal se había quejado de que acercándose esta línea demasiado al Africa, le impedía hacer conquistas en el Nuevo Mundo. Fernando é Isabel consintieron, pues, en que esta línea se trasladase á trescientas setenta leguas á Occidente (1494); de tal suerte que todo lo que se en-

contrase á trescientas setenta leguas al oeste de las islas de Cabo Verde les pertenecía, y todo lo que estuviese al Este al Portugal. Ignorábase aun entonces cuál era la configuración de la América, y no se creía que por su mediodía se acercase tanto al Africa: de otra manera la España no hubiera consentido en una division que atribuía el Brasil al Portugal. Tampoco se preveía que adelantándose el uno hacía Levante y el otro hacía Poniente, concluirían ambos pueblos por encontrarse y serían limítrofes en otro hemisferio á donde no se extendía la línea pontificia.

Ahora bien, el caso se encontró realizado en pocos años y disputaron á quién pertenecerían las islas Molucas. Los portugueses las habían ocupado; pero Magallanes demostró á Carlos Quinto que estaban situadas aquende la línea de los países asignados á la España, puesto que se encontraban á ciento ochenta grados al oeste del meridiano de demarcación. Era fácil designarlas de esta manera en el Atlántico, pero los geógrafos cuyas apreciaciones eran siempre exageradas en la India y el Catay no sabían hacer otro tanto al otro lado del globo. Propuso, pues, Magallanes conducir una flota por el Occidente, persuadido que existía un paso de un mar á otro; y tambien, con el objeto de obtener crédito, afirmaba haberle visto en la carta de Martín Behaim. Marchó con cinco barcos (1509), tripulados por doscientos treinta hombres, y después de haber tocado en el Brasil, prosiguió su camino al Sur: contrariado por una rebelion de sus compañeros, que sentían tantas fatigas, la reprimió con inexcusable severidad. Los españoles pasaron el invierno en la bahía de San Julian, sin ver á un ser humano; en fin, vieron aparecer algunos hombres de una estatura gigantesca, cuya admiracion fué estremada al contemplar hombres tan pequeños y tan grandes barcos. Llevaban en los pies pieles de llama, animal que se vió entonces la primera vez; de aquí procede el nombre de patagones, es decir, mal calzados, dado á estos salvajes.

Habiéndose dado á la vela Magallanes, entró en el estrecho que aun conserva su nombre, y penetró con tres barcos en aquel Océano del Sur, que había reconocido Balboa (1521). Empleó tres meses y veinte dias en pasar aquel estrecho, sin encontrar ninguna de las islas tan numerosas en aquellas playas, hasta que llegó á las que después se llamaron Filipinas. Bautizó al rey de Zebú, y le prometió sostenerlo contra cualquier enemigo que fuere; pero obligado por esta promesa á hacer la guerra á un rey vecino, fué muerto combatiendo; hombre admirable cuya audacia cumplió una navegación que aun en el día nos parece atrevida, en una época en la que poseemos tanta superioridad de medios y conocimientos.

Pero pronto se rebeló el rey de Zebú (1522) y asesinó á todos los europeos que pudo coger; los otros volvieron á marcharse y arribaron á las Molucas; en fin, sólo la *Victoria*, mandada por Sebastian Cano, dobló el cabo de Buena Esperanza y

llegó á San Lúcar después de haber dado vuelta al mundo en tres años y catorce dias (1522). Estos navegantes no podían volver de su sorpresa cuando se encontraron atrasados en un dia segun su almanaque, y en consecuencia habían cometido el pecado de comer de carne el viernes. Nadie sabía dar la razon; pero fué explicado por el veneciano Gaspar Contarini, que se encontraba en la corte de Carlos Quinto (5); ¡tan en la infancia se encontraba aun la ciencia y tan sujeta á andar á tientas! ¿Cuán difícil no sería navegar cuando todo se ignoraba? Sin embargo, el piloto Andrés de San Martín hizo en aquel viaje algunas observaciones de longitudes, sacadas de la distancia y de las oscilaciones de los astros.

Redactóse una historia de aquella maravillosa expedicion, segun la declaracion separada de cada uno de los marineros; pero pereció en el saco de la capital del mundo católico por los soldados del rey católico. Esta pérdida dió precio á la relacion del vicentino Antonio Pigafetta, oscuro compañero de aquel viaje (6). No pudo haber á las manos los diarios de bitácora ú otros documentos para componer una historia precisa, y se muestra muy crédulo; pero es muy interesante leer lo que refiere de tantas tierras nuevas, por la pintura que hace del carácter original de Magallanes, y por el primer vocabulario que da de las lenguas habladas por los indios.

Bibliografía de los viajes.—Y en verdad ¡qué admirables colores hubieran podido proporcionar á la historia tantos y tan maravillosos acontecimientos, los grandes hombres que se levantaban para cumplirlos (como en todas las revoluciones), los caracteres enérgicos que manifestaron en ellos su fortaleza! Y no obstante, aun está por presentarse un escritor al nivel de semejante asunto. La Harpe y los otros narradores generales han reducido aquella inmensa variedad de relaciones á una monótona uniformidad; el que quiera formarse una idea justa, debe atenerse á las relaciones originales, en su sencillez ignorante ó vanidosa, y ponerse en el lugar del narrador ó de aquellos de quien habla, sin pretender hacerlos probar por fuerza un sistema, como lo hicieron Montesquieu y Rousseau.

Las primeras noticias fueron registradas por los sábios italianos en interés de la ciencia cosmográfica. Los embajadores de Pisa, de Venecia y Génova informaban á sus respectivas señorías; ó tam-

(5) P. MARTIR ANGLESIUS.

(6) Impresa en 1556. La relacion de aquel viaje, en el *Maximilianus de insulis Moluccis*, 1523, es muy inferior. Las relaciones de Cano y de Magallanes, encontradas últimamente, se publicaron en la *Coleccion de los viajes y descubrimientos de los españoles*. No se encuentra siquiera el nombre de Pigafetta en el rol de la marinería, á menos que no esté designado bajo el de Antonio Lombardo, criado de Magallanes.

bien los mercaderes de aquellas ciudades tomaban notas en sus libros, por la alteracion que resultaba en el precio de los géneros. Después se publicaban pequeños folletos, que se leían con avidez y traducían á diferentes idiomas. El autor del más antiguo es Luis Cadamosto, que exploró en 1455 la costa occidental de Africa: describe bien y con orden; y su esposicion acompañada de interesantes particularidades tiene mucha claridad (7). La carta de Colon, *De Insulis India nuper inventis*, había sido publicada desde 1493. El florentino Julian Dati, penitenciario de San Juan de Letran, en Roma, la tradujo en octavas (8) (Florenca 1493), y escribió en el mismo metro *La gran magnificencia del Preste Juan, señor de la India mayor y de la Etiopia*; compuso tambien otros opúsculos destinados á popularizar los descubrimientos. Apareció en 1508 un *Itinerarium*, traducido, segun se dice, del lusitano, sobre los descubrimientos de los portugueses en Oriente.

Pedro Mártir de Anghiera publicó (1516) *De Rebus oceanis decades*, cartas escritas á medida que las noticias llegaban de la India. Esto es al menos lo que se supone, y Robertson usa de ellas con este título; pero los anacronismos prueban que fueron compuestas mucho tiempo después de haberlas referido (9).

Citaremos, además, á Juan Leon, moro de Granada, que después de haber viajado por Africa y por Asia, hizo una descripcion de estas partes del mundo que tradujo después al italiano; convertido en Roma en 1517, enseñó allí su lengua, después de lo cual volvió al Africa y al su primera religion.

(7) *Primera navegacion por el Océano á las tierras de los Negros en la baja Etiopia, por Luis Cadamosto*. Vicenza, 1519. Tal vez había sido publicada desde el año 1507.

(8) El poema se titula: *Ysole trovate novamente per il re di Spagna*. La última octava dice:

Questa ha composto de Dati Giuliano
A preghiera del magno cavaliere
Messer Giovan Filippo Ciciliano
Che fu di Sixto quarto suo scudiere
Et commissario suo et capitano
A quelle cose che fur di mestiere,
A laude del Sihnor si canta e dice
Che ci conduca al suo regno felice

Y concluye el libro con estas palabras: *Finita la storia de la inventione delle nuove isole di Canaria indiane, tracta de una epistola di Christofano Colombo, e per mes ser Giuliano Dati tradotta di latino in versi volgari a laude delle Celestiale Corte et a consolatione della christiana religione; et a preghiera del magnifico cavaliere messer Gio Filippo de Signamine, familiare dello illustrissimo re di Spagna christianissimo. A di xxvi d'ottobre 1498 Florentia*. ¿Cuáles son peores, los versos ó la prosa? Ciertamente ni los unos ni la otra valen la pena de exhumar este libro.

(9) Se leía sobre la puerta de la iglesia de Sevilla del Oro en Jamaica: *Petrus Martyr ab Angleria italus civis mediolanensis, protonotarius apostolicus hujus insule, abbas, senatus iudici consiliarius, lineam prius ad hanc bis igne consumptam, latericis et quadrato lapide primus a fundamentis extruxit*.

Se añadía tambien en las reimpressiones de Tolomeo los países nuevamente descubiertos, y se indicaban en los mapas. Se hizo después una coleccion de los viajes modernos, de las cuales se cuentan cuatro por lo menos en Venecia y en Vicenza. La más antigua es el *Nuevo Mundo y los países nuevamente hallados por Américo Vesputio, florentino* (Vicenza, 1507), por Francansano de Montalbordo, y traducido al latin el año siguiente. En 1545 Antonio Manucio, hermano de Pablo, imprimió en Venecia los *Viajes hechos de Venecia á la Tana, á Persia, á la India y á Constantino-pla*. Simon Grynaeus, profesor de Basilea (10), reunió diez y siete viajes desde Marco Polo. Pero la coleccion de Juan Bautista Ramusio, que mantenía correspondencias con un gran número de sabios, viajeros y curiosos, hizo olvidar á los demás. El primer tomo apareció en Venecia en 1550, el segundo en 1555, el tercero en 1565; y al momento los libros de esta clase atrajeron todo el interés que en otro tiempo se concedía á los libros de caballería.

Después comienzan las relaciones de los misioneros, y la primera la de Claudio de Abbeville, que había ido á convertir á los tupinambis en la isla de Maranham. Bajo la influencia de su ministerio, ven á Dios en todo, admiran á los salvajes tanto como los demás los deprimen; imputan á los sacerdotes ó al diablo sus feroces ritos y todo lo malo que hacen, y recogen por todas partes términos nuevos, emociones nuevas de boca de los naturales; nuevos testimonios de la moral grabada originariamente en todos los corazones.

Se encuentra en la conquista de América lo que aconteció en Europa en la Edad Media, dos sociedades diferentes y dos opuestas maneras de ver, segun que se considere una á otra. Considerando los misioneros á los indios como hermanos que deben convertir é ilustrar, dedican á su obra un ardor de benevolencia que les atrae las burlas de los filósofos, por la exageracion con que alaban sus buenas cualidades. Proclaman sus derechos y la igualdad, al paso que no tratando los tiranos más que de despojarlos, están obligados á desconocer que sean hombres como nosotros. Queriendo unos cumplir la promesa divina, se apresuran á reunir al rebaño estas ovejas há tanto tiempo extraviadas; los otros se emplean en escluir las hasta de la humanidad.

Muchos misioneros de los que escribieron, tienen atractivo, buen sentido, sentimientos humanitarios, aunque sus observaciones de viajeros contrasten con sus preocupaciones de europeos. En ellos se encuentra con frecuencia aquel elogio de la vida salvaje, que fué después un lugar comun de los filósofos enciclopedistas. Du-Tertre, en la *Historia de las Antillas*, dice de los caribes: «Al

(10) *Novus orbis regionum et insularum veteribus incognitarum*. Paris, 1532.

oir la palabra salvaje, se figuran la mayor parte una clase de hombres bárbaros, inhumanos, irracionales, contrahechos, grandes como gigantes, cubiertos de pelo como el oso, unos monstruos más bien que unos hombres racionales; pero la verdad es que nuestros salvajes lo son sólo en el nombre, como las plantas y frutos que produce la naturaleza sin cultivo en los bosques y desiertos, y que aunque son llamados salvajes, poseen las verdaderas virtudes y propiedades en toda su fuerza, y que nosotros solemos corromper con frecuencia con nuestros artificios, y alterar plantándolas en nuestros jardines... Me agrada el hacer ver que los salvajes de las Antillas son los hombres más satisfechos, más felices, menos viciosos, más sociales, menos contrahechos y atormentados por las enfermedades que hay en todas las naciones del mundo.»

Mientras tanto otros sabios compilaban sobre aquellas relaciones, narraciones más generales; Juan de Barros escribió, en 1552, las conquistas de los portugueses en Oriente; Acosta la historia de las Indias, Herrera reunía numerosos documentos (11); Mendoza, el primero después de Marco Polo, dió en 1585 noticias sobre la China. De Bry y Merian comenzaron en 1590 a publicar en Francfort una colección de los viajes a las dos Indias, trabajo continuado hasta 1634. Hakluyt dió posteriormente a 1598 los de los ingleses; y el jesuita piomontés Botero una cosmografía con el título de *Relaciones universales*. El *Theatrum orbis terrarum*, de Hortelio (1570), primer atlas general, cita cerca de ciento cincuenta tratados de geografía, posteriores al año 1560. El célebre Gerardo Mercator, que inventó un método de proyección para las cartas hidrográficas, según el cual los paralelos y los meridianos se cortan en ángulos rectos, tiene mucho más mérito.

El carácter científico de los viajes se presenta en Benzoni, en Zárate y mucho más en Acosta. Bernardino de Sahagún se hace superior a muchas preocupaciones, por sus ideas filosóficas que faltan a sus predecesores, por la fuerza de la inteligencia y por un alma religiosa. Considera en aquellos hombres exterminados y subyugados, una civilización de otro orden y necesidades diferentes; y sacó en consecuencia que no debía destruirse, pero sí regularizarla (12).

Torquemada escribió sobre sus relatos y los de los otros franciscanos Andrés del Olmo y Toribio de Benevento, la historia de la *Monarquía India-*

(11) Descripción de las islas y tierra firme del mar Océano que llaman Indias Occidentales.

(12) Dice hablando de Méjico: «Habiendo los españoles abolido todas las costumbres y formas de gobierno de los indios, y querido reducirlos a vivir a la española por respeto a las cosas divinas y terrestres, considerándolos como bárbaros e idólatras, toda su organización social se trastornó.»

na. Demasiado crédulo y supersticioso para discernir lo verdadero de lo falso, es sin embargo muy importante por haber residido cincuenta años entre los indios. Los jesuitas Maffei de Bérgamo y Daniel Bartoli, reunieron el uno en latín y el otro en italiano, las relaciones concernientes a las fatigas de sus hermanos; ambas son estimadas por la elegancia del estilo, pero no por la novedad ni por la crítica. Otros sabios toman de las relaciones de los viajeros indicaciones instructivas. Pedro Mártir, a quien ya hemos mencionado, Gesner, Belon, Ortelio, Munster, Belleforest, determinan los puntos sobre los cuales debe dirigirse la atención, con el objeto de ordenar mejor la exploración de los nuevos países.

Así había nacido una literatura nueva, pues eran estos viajes de una naturaleza muy diferente de la de los griegos, en los cuales se desprecia generalmente todo lo que es extranjero, no se compara, y la crítica es muy comunmente errónea. Con respecto a los árabes y a los chinos, vieron comunmente las cosas con ojos oscurecidos por la prevención y la pasión. La mayor parte de los narradores del siglo xv intervinieron ellos mismos en los descubrimientos; se manifiestan admirados ante aquel conjunto de maravillas; enamorados de las bellezas de la naturaleza, y revelan sin escrúpulo su amor al oro y refieren sus rápidas impresiones como realidades. Aunque crueles, y probablemente a veces embusteros, esparcieron multitud de ideas nuevas; y si la historia cesó de ser puramente griega y romana, para tomar la extensión que la hizo universal, a ellos es a quienes se les debe. Luego, además de la curiosidad satisfecha, dieron impulso a consideraciones elevadas sobre la naturaleza y sobre la educación humana, como se vió poco después en Bodin y posteriormente en Montesquieu.

Muchas veces nos hemos admirado de cómo en la edad de oro de la literatura italiana y española, las relaciones de los viajeros, tan llenas de imágenes, fueron impotentes para darles a viva fuerza una nueva dirección, a arrancarlas de las pinturas de los bosques de la Arcadia y de las aventuras de los paladines, impulsando a colorar escenas nuevas, y a poblarlas de milagros, intactos aun, que unían al prestigio de lo extraordinario el atractivo de la verdad. Pero prevalecieron las antiguas formas y se conservaron las Amarilis y la sombra de las encinas. Hubo algunos pocos talentos escogidos que de tiempo en tiempo recogieron la gran poesía esparcida a torrentes en los escritos de los viajeros: Camoens, Cortereal, Ercilla, que habiendo viajado ellos también y visto por sus propios ojos, supieron inspirarse en aquella poesía, pero sin atreverse no obstante a olvidar la erudición y separarse de la escuela. En medio de las selvas vírgenes, adornadas como templos con festones de liana de variados colores, y procurando bajo el ardor de un sol que dirige sus rayos a plomo, un fresco asilo a milares de animales desconocidos y a bandadas de pájaros con cuya belleza no hay piedra preciosa

sa que comparar, recuerdan aun los fríos valles del Hemo, las pálidas violetas, los suspiros de la tórtola viuda y de la ciega Filomena.

Se dirá tal vez que las acciones de los conquistadores son bastante poéticas por sí mismas para no necesitar la poesía del arte, que considera la ficción como su esencia; pero nos bastará citar a los dos verdaderos poetas de esta naturaleza y de esta sociedad, Bernardino de Saint-Pierre y Chateaubriand.

El estudio de los viajes ha adquirido principalmente importancia en nuestro siglo y produce una instrucción real, dirigiéndose a lo que es el objeto de toda ciencia, el conocimiento del hombre. Las prevenciones se disiparon ante la manifestación de la simple verdad; un conjunto de conocimientos estremadamente variados se empleó en indagarlos y explicarlos, acompañados de una crítica severa sin ser enojosa ni insultante, de una humanidad sin cólera, de una benevolencia sin adulación.

Sometióse entonces a una nueva investigación a aquellos que habían descrito primeramente la América; y las cuestiones suscitadas con motivo de la prioridad del descubrimiento fueron pesadas en balanzas más justas. Los monumentos escapados a una destrucción avara ó ignorante, y transmitidos hasta nosotros sin haber sido comprendidos, depusieron verdades que no se aguardaban. Otros continuaron explorando el interior de un país cuyo circuito conocemos en la actualidad, y consiguieron, a vista de una naturaleza tan magnífica y tan singular, inspiraciones que comunicaron después a infinidad de lectores. Werden, Heckelwetter, Schölcrafft y la sociedad de Nueva-York nos presentaron con exactitud la América septentrional, y el profundo Humboldt nos puso de manifiesto los dos grandes Imperios de la meridional, cuyas antigüedades había ya presentado Kingsborough a los ojos de todo el mundo. En nuestros días Salt nos ha introducido en la Abisinia, Caillaud nos ha llevado a Tumbuctú por un camino señalado por la muerte de tantos hombres ilustres, y Okley, Cunnigam y Hurt nos han ofrecido en la Nueva Holanda espectáculos nunca vistos.

Dejando aparte aquellos infelices que creyeron necesaria la prosa poética en la narración de los viajes, en lo general, el elemento gramatical fué mirado como una cosa de segundo orden, como un medio de conseguir observaciones positivas de las cuales se tuvo gran abundancia hechas sobre la naturaleza y las costumbres de los habitantes, aumentando la verdad de las descripciones con términos propios de los países explorados. ¡Cuánta vida no sabe comunicar al mundo sensible Jorge Forter! Puede decirse que es el primer viajero científico de nuestros días, pues en

sus viajes coloca los vegetales según las latitudes, y traduce la individualidad de los diversos reinos de la naturaleza.

La popularidad dada al dibujo por la litografía, multiplicó las imágenes de estos hombres, de estas escenas, de las antigüedades, de los nuevos países, y hasta en los dibujos más esmerados, la verdad no era sacrificada a una pureza ideal y académica. Conserváronse los tipos, las fisonomías, los caracteres de los lugares y de la época, la tosquedad y singularidad de los monumentos, cuando antes era preciso conformarse a las exigencias de un siglo desdeñoso, que anatematizaba con el nombre de bárbaro todo lo que no era él.

Con semejantes intenciones y tales socorros, fué posible revestir con brillantes colores los sublimes cuadros de la ciencia, y en lugar de sacar de los viajes epigramas, como Montesquieu, invectivas ditirámicas como Raynal, ó blasfemias como Volney, pudimos ver a Neuwied, Saint-Hilaire, Cuvier, Bompland imprimir a la historia natural un inmenso vuelo; las ciencias sociales y antropológicas enriquecerse con los trabajos de Peron, de Freycinet, de Leson, de Duperrey, de Krusenstern; desarrollarse la lingüística y la etnografía, gracias al genio de Humboldt, que supo ser poeta con un saber tan vasto.

Ahora bien, la ausencia de la poesía será siempre la falta de los viajeros modernos, en comparación de los primeros. Estos aparecen apasionados del oro, de la religión; mientras que los modernos, pacientes, eruditos, calculadores, no conocen otro dios que la gloria y la ciencia. Los unos observan los hechos aislados, y tales como se presentan; los otros buscan la significación, la expresión. Los antiguos admiraban los fenómenos en conjunto; los nuevos examinan los detalles, analizan, descomponen. Al espectáculo de la naturaleza y de las sociedades nuevas, los viajeros del siglo quince dejan escapar del fondo de su corazón el acento de su sorpresa; todo es maravilloso, todo es poético, y nunca seca en ellos la crítica la admiración; los otros caminan con el péndulo, el barómetro y el compás, cuentan los habitantes, miden las producciones, pesan las autoridades; quieren tener la explicación de cada acontecimiento, y remontarse de uno a otro con el objeto de unirlos a la historia del hombre y de la humanidad.

Son, pues, los primeros para la infancia, para aquellos a quienes se llama eternos niños, y que palpitan a las aventuras de Robinson ó de Gulliver; los otros son el pasto de la edad madura, los almacenes de la ciencia, los fundamentos de la historia y de la filosofía. Quizá no ha nacido uno que sepa ser uno y otro, agradar é instruir, unir los derechos de la razón y de la imaginación. Esta será la epopeya de los siglos venideros.